

Sobre el origen de la individualidad y su posible destino

Recientemente, conversando con unos amigos acerca de la muerte, surgió el tema de la individualidad, de aquello que nos hace “únicos” en cierto sentido, aunque en otro sentido tengamos muchas cosas en común.

La pregunta que rondaba en el aire era ¿Qué pasa con la individualidad cuando uno muere? Considerábamos distintas posibilidades: 1- la individualidad desaparece mientras “uno” experimenta que se funde con todo lo existente; 2- la individualidad desaparece pero no hay ningún “uno” que registre cosa alguna; 3- subsiste cierta forma de conciencia durante un tiempo (ligada a cierta permanencia del “doble”), pero luego el doble libera una suerte de espíritu (de “perfume”) que se funde con algo mayor; 4- subsiste cierta forma de conciencia pero en un estado de contradicción, y el doble se disuelve sin más...regresando al casillero # 2 ☺.

Creo que consideramos una o dos alternativas adicionales (que no recuerdo muy bien), pero, aunque el clima de la charla fue muy interesante, no llegamos a conclusión alguna. Todo quedó en principio reducido a lo que cada uno pudiese creer con mayor o menor fuerza, o bien al gusto o la sospecha que tal o cual alternativa pudiese generar como registro personal. No obstante, aquella conversación me llevó, en los días subsiguientes, a reflexionar sobre el tema de la individualidad, de la identidad personal, y de eso que llamamos “Yo”: una configuración especial de la conciencia, ligada a la memoria, que nos ubica en ciertas coordenadas de tiempo y espacio y que nos permite reconocernos como “nosotros mismos”.

Me pregunté en cierto momento por el origen de todo aquello, por cómo es que se genera esa “individualidad”. Entonces pensé en los “clones”: supongamos que sea posible “producir” un individuo idéntico a “uno” desde el punto de vista físico. Supongamos además que fuera posible transmitirle a ese clon nuestra memoria. Ese clon sería entonces una “copia” de uno mismo, y tendría en principio exactamente la misma individualidad. Seríamos entonces dos individuos iguales, con idéntico cuerpo e idéntico psiquismo. Pero aquello no duraría mucho, porque a medida que cada uno de “nosotros” fuéramos interactuando con el medio, viviríamos necesariamente experiencias distintas, nuestras respectivas memorias comenzarían a divergir, y al poco tiempo seríamos dos individuos diferentes, “únicos e irrepetibles”, como sucede habitualmente.

Esta experiencia imaginaria sugiere que lo que constituye la individualidad es la interacción con el medio. Es este medio de tiempo y espacio variable, diferente para cada uno, y relativamente imprevisible, lo que brinda a cada uno un conjunto de experiencias particulares y lo hace único e irrepetible. Porque así son en general los eventos de este mundo: irrepetibles e irreversibles. La historia personal y social avanza en una dirección, siguiendo una “flecha del tiempo”, y los sucesos que ya ocurrieron no se repiten jamás. Estrictamente hablando, todo ocurre “por primera vez”, aunque se repitan ciertas formas estructurales.

Recordé entonces el concepto de “conciencia-mundo”, y ví que si el mundo es diferente para cada uno, la estructura conciencia-mundo particular también lo será. Cada uno vive en “su” mundo, aunque existan correspondencias formales, es decir, numerosas analogías, entre los “mundos” de los distintos individuos, así como, en otro nivel, entre los mundos de las distintas especies. Por ello puede decirse que “todos somos iguales” y que “todos somos distintos” resultando que ambas afirmaciones son verdaderas, aunque cada una en un sentido diferente.

Estas relaciones tan estrechas entre el “vivir” y la individualidad constituyen claramente un carácter esencial de nuestro ser-en-el-mundo. Nuestras individualidades se constituyen durante el acto de vivir... y esto se relaciona seguramente con el sentido de la vida. ¿Venimos a aprender, a constituir conciencia, a *ser* la conciencia del mundo? ¿Somos

acaso parte de un espíritu mayor, que se dispersa en millones de individualidades, y luego se reúne en una identidad común, en un mundo de mayores dimensiones?.

En todo caso, está claro que el vivir genera conciencia. Este mundo puede ser pensado como un gran campo de experiencia para el surgimiento de la conciencia, y esto no parece un dato menor. Coincidentemente, se observa el traspaso de elementos progresivos de unas a otras civilizaciones, y la evolución de las formas de vida en dirección hacia la complejidad y la conciencia creciente. Conciencia y mundo evolucionan simbióticamente. El mundo genera nuevos seres capaces de una conciencia mayor. La conciencia de los individuos crece en la experimentación del mundo, y en el intercambio con los demás. Como en el caso del “principio antrópico”, nada de esto parece producto del azar, sino de una intención de enormes dimensiones. Quedaría aún por considerar ciertas interpretaciones de la física cuántica que postulan que el mundo físico resulta definido o realizado por la acción de la conciencia. Si esto es así, la conciencia da origen al mundo, y el mundo da origen a la conciencia.

Todo esto parece colocar a la pregunta de partida dentro de una nueva perspectiva, ya que, subsista o no subsista la individualidad luego de la muerte física, el conjunto seguirá evolucionando hacia la conciencia creciente. Como individuos habremos hecho nuestro aporte, en este mundo, y tal vez podamos hacerlo en el siguiente. En ambos casos, la dirección global no se modifica. Somos parte de una realidad mayor, y en tanto podamos mantenernos dentro de esta corriente de pensamientos globales, disminuirá el apego al Yo y la preocupación por el destino de la forma individual. Esta última resultaría, no obstante, reivindicada como contribuyente necesaria al proceso general. Lo de “necesaria” viene al caso porque si cada conciencia es única, y cada uno un testigo privilegiado de “la realidad”; si sucede que ningún otro individuo pudo tener exactamente la experiencia que cada uno de nosotros alcanzó a tener, el “todo” no podrá permanecer indiferente, y resultará transformado ante el hecho de la existencia individual, cosa que resulta evidente cuando se consideran ciertas vidas excepcionales. En tales casos es común pensar, o decir: “el mundo ya no es el mismo luego de su paso por aquí”.

Aquella inquietud que dio origen a esta pequeña espiral de la mente, sigue no obstante, misteriosamente, flotando en el aire: ¿subsiste algún tipo de individualidad después de la muerte física?

Parece claro que no puede existir conciencia sin mundo, de modo que, para que subsista cierta individualidad, para que algún tipo de “Yo” pueda seguir evolucionando más allá del umbral, deberá existir un mundo con el cual interactuar. Aquellos relatos sobre “una luz al final del túnel”, o sobre encuentros con seres notables, parecen sugerir la existencia de “otro mundo” más sutil, en el cual, tal vez, podamos un día renovar la aventura del vivir.... aunque seguramente no seremos “los mismos” que somos aquí.

Por motivos obvios, quisiera terminar con el recuerdo de estas palabras de Silo: *“quepa a todo ser humano en su revisión final, la rememoración de su unidad interna”*.

Que así sea.

*Daniel León
Rosario, 12 de octubre de 2013.*